ve y de pura fórmula. Tomó el tren correo para Londres y en el trayecto leyó todos aquellos interesantes relatos, y con ellos y con todos los documentos que tenía en su escritorio de la calle Gay, vió las cosas de muy distinta manera que el juez de instrucción, los jurados y los magistrados.

A pesar de la hora avanzada en que llegó á su casa, no pensó en descansar. Volvió á sacar la cartera, esparció los documentos sobre la mesa y los leyó y releyó, comentándolos. Si el lector hubiese conocido á Manders personalmente hubiera comprendido el estado de agitación en que se hallaba con sólo saber que se olvidó hasta de fumar y beber.

Y cosa extraña al parecer, el documento que más le interesaba era aquel de los Estados Unidos que daba fe del nacimiento de Daniel, hijo de Juan Boucher, el niño cuya temprana muerte constaba en la certificación subsiguiente. Repitió varias veces: «Daniel Bourchier, nacido en 1855»; y recordó muy bien que el interés demostrado por Juan Boucher y su esposa en aquel chicuelo de diez años, vivo, inteligente y aficionado á la música, que se llamaba Jorge Manders, dimanó del parecido que creían hallarle con su hijo Daniel, suponiendo que el malogrado niño hubise vivido hasta aquella edad. Pensando en ello releía Jorge la certificación y repetía: «Daniel Bourchier, nacido en 1855.» Pero no sin intercalar á veces otras frases en su monólogo: «¿Lo sabe Lucy? ¿Lo heredará todo? ¿Se casará conmigo?»

Por último se levantó y reunió todos aquellos papeles, ahora tan preciosos y los escondió bajo la almohada.

—Nada puedo resolver esta noche,—fué lo único que se dijo al acostarse rendido;—nada hasta verla mañana. De la respuesta que me dé depende que en lo futuro viva yo como un hombre honrado ó como un malvado. Veremos.

En sus labios vagaba una sonrisa cínica, siniestra, no disipada aún cuando sus pensamientos se convirtieron en sueños.

CAPÍTULO V

Intriga y misterio

Cuando Jorge Manders se despertó oíanse en toda la casa las notas del gran piano, sólo inferiores en fuerza y dulzura á la voz que acompañaban. Almorzó con apetino, no sin decir á la sirvienta que dejase abierta la puerta para oir mejor á Lucy. Había dormido hasta muy tarde, tanto que Herr Kaulitz había hecho ya su acostumbrada visita y Manders sabía que la joven estaba sola. Quedose pensativo escuchando las sonoras notas, que se oían á pesar de hallarse cerrada la puerta de la sala, y preguntándose cuándo volvería á oir aquella voz.

—Sea como sea,—se dijo, su suerte está asegurada. Dentro de tres años no habrá cantatriz que la iguale en Inglaterra.

Porque Manders, como la mayoría de los hombres, sabía excusar ó paliar las malas acciones que proyectaba.

Sus largas meditaciones de la noche anterior le habían trazado por completo el plan que se proponía seguir, á no ser, cosa muy poco probable, que Lucy hubiese modificado su firme resolución en las pocas horas transcurridas desde su última entrevista. Comenzó, pues, sus preparativos desde luego, y el primero y muy prosaico fué el llamar á la señora Estela, dueña de la casa, y pagarle lo debido hasta el fin de aquella semana. La buena señora tenía ya en el bolsillo una citación por falta de pago de contribuciones, de modo que le quedó muy agradecida y deseando que todos sus huéspedes fuesen tan puntuales como él.

Jorge puso después en dos maletas los objetos de su propiedad más portátiles y valiosos, ocupación que no le

impidió seguir escuchando atentamente las melodiosas notas que partían del piso superior. Terminada su tarea vistióse con gran esmero y ordenó á la camarera que anunciase su inmediata visita á la sala.

Lucy se hallaba en posición muy parecida á la en que él la encontró el día de su última visita; pero esta vez se adelantó á recibirle.

—¿Tan pronto de vuelta?—dijo ansiosamente.—¿Ha averiguado usted algo, Jorge? Porque ese fué el motivo de su ausencia, ¿no es cierto?

No era Jorge mal actor, y dicho queda que su imitación de las maneras del hombre de mundo, aunque no perfecta, bien podía calificarse de notable. Así fué que abriendo mucho los ojos, contestó:

—No, fuí por asuntos propios. Esperaba obtener una buena contrata, pero fracasé, por supuesto. ¿Y usted, no tiene noticias?

—Ninguna. Si esto dura me volveré loca. Hay que hacer algo.

—Es muy raro,—dijo Manders gravemente.—Esa ausencia me alarma y á la verdad empiezo á creer que sólo la muerte puede explicar su silencio.

La joven se cubrió los ojos, estremeciéndose, y Manders le dirigió la palabra con la entonación más cariñosa y solícita que le fué posible:

—Lucy, viniendo de mí no tomará usted á mal mi pregunta. ¿Tiene usted recursos para seguir viviendo?

—En abundancia; y también hay una fuerte cantidad en el escritorio de mi padre.

La joven creyó que aquella pregunta se debía á un interés amistoso. La próxima le pareció impertinente.

—¿A qué llama usted recursos abundantes?

—¡Oh! centenares de libras,—dijo ella brevemente,

Manders guardó silencio unos momentos y después se aventuró á tomar su mano.

—Si no tenemos noticias pronto habrá que resolver algo,—dijo.—Temo que su padre haya muerto. ¿Sabe usted si tenía hecho testamento?

Ella le miró sorprendida y vió la emoción reflejada en sus ojos.

—¿Por pué me hace usted esas preguntas?—exclamó.—Dígame todo lo que sepa. ¿Ha muerto?

—Ya le he dicho que no sé más que usted, Pero muy pronto habrá que tomar algunas medidas. Sírvase usted contestar á mi pregunta.

Lucy vió que hablaba seriamente.

—Mi padre me dijo un día, riéndose, que si él muriese yo hallaría en su bufete un documento que acababa de firmar, dejándome cuanto tenía.

Así averiguó Manders dos cosas que estaba ansioso de saber: que Lucy tenía dinero abundante para vivir y que Juan Boucher había hecho testamento. En los cinco minutos siguientes iba á decidirse su porvenir. ¡Y qué porvenir si Lucy Boucher consintiese en ser su esposa! Al tomar otra vez la palabra su rostro expresaba verdadera pasión.

—Cantemos un dúo,—dijo á la joven.

Extraña petición en aquellos momentos, pero viendo pue lo deseaba con empeño, consintió ella. Jorge la condujo al piano y cantó aquel dúo como no había cantado nunca, como no volvió á cantar jamás. Al unirse sus voces, Lucy se preguntaba si no habría formado un juicio erróneo de las facultades artísticas de Jorge: Lejos estaba ella de imaginarse el estado de agitación extraordinaria que producía aquellas notas. Al espirar lo última se volvió hacia él para felicitarlo amistosamente, Entonces Jorge volvió á tomarle la mano y le pidió su amor con un apasionamiento que ella le creía incapaz de sentir. Era su última jugada, y al suplicarla, dicho sea en honor suyo, lo olvidó todo por el momento para no pensar más que en su amor y en el deseo de conquistarla. Porque Lucy era una conquista preciosa. En aquel instante hubiera renun-

ciado Jorge á todos sus proyectos y aceptádola sin blanca, si necesario fuese, sin la menor vacilación.

Pero no debía suceder así. Con toda la dulzura que pudo le dejó comprender que no había ni podía haber esperanza para él. Serían, sí, amigos, si él abandonaba aquella idea una vez por todas. Entonces Manders recobró toda su calma y comprendió que por lo que á Lucy se refería su suerte estaba decidida.

—Sea así,—dijo,—pero suceda lo que quiera en la vida futura de usted y mía, recuerde usted, Lucy, que un día le supliqué que fuese mi esposa.

En el acento, más que en las palabras, había una amenaza que ella no podía comprender. Cuando Jorge volvió á hablar su voz parecía perfectamente tranquila.

—Voy á despedirme de usted por algún tiempo. Mañana saldré otra vez de Londres.

La frase fué dicha con cierta intención que alarmó á Lucy.

—¡Ah!—exclamó.—Usted sabe algo, á pesar de su negativa. Lo presiento. Usted tiene algún indicio. ¡Hable usted, pronto! ¿Por qué ocultármelo?—dijo golpeando el suelo con el pie y hablando como pudiera una reina.

Manders quería averiguar todavía otra cosa con toda certeza.

—¿Cree usted, preguntó como quien duda,—que su padre tuviete algún enemigo en Inglaterra? ¿Alguien á quien pudiese convenir su muerte, ó contra quien tuviese Boucher alguna reclamación?

—¿Cómo es posible tal cosa?—dijo la joven.—A nadie conoce en este país, del cual salió á los diez y ocho años y nunca había regresado á él hasta ahora. Pero dígame usted todo lo que ha averiguado, todo lo que sospecha, sin más misterios.

Aquella respuesta convenció á Manders de que Lucy ignoraba por completo todo lo referente á la reclamación sobre la Casa Roja.

—Diré todo lo que pueda,—contestó lentamente.—Sí, he descubierto uno pista y dentro de pocos días podré darle algunos informes. Quizás me equivoque en mis conjeturas, pero creo, mi pobre amiga, que debe usted prepararse á recibir muy malas noticias.

Nada más dijo, á pesar de órdenes y ruegos, y poco después se despidió de ella. Lucy le vió entrar en un coche de alquiler, que también recibió su equipaje. Esperó cuatro ó cinco días, presa de la más viva ansiedad, deseando y temiendo á la vez recibir las noticias que pudiera traerle el correo. Tan trastornada estaba que cerró su puerta aun al mismo Herr Kaulitz. Ni la música tenía ya encantos para ella.

Llegó por fin una carta de Manders, fechada en Liverpool, que decía:

«Mi pobre Lucy: Ha sucedido lo que yo temía. Su padre ha muerto. Me preguntará usted cómo y dónde murió. A esto no puedo contestarle. Bástele saber que ha muerto. No pretendo que comprenda usted las razones que tengo para no decírselo todo; pero cuando sepa que hoy mismo me embarco para los Estados Unidos, renunciando á todas las probabilidades de hacer carrera en Inglaterra, únicamente para no tener que verla á usted y explicarle lo que usted me obligaría á explicarle, se convencerá de que me impulsaba un motivo poderoso. Al conducirme así creo servir eficazmente los intereses de usted. ¿Qué hará usted ahora? Séame permitido aconsejarle que ante todo ponga sus asuntos en manos de un abogado íntegro y que después, aprovechando los recursos con que cuenta, vaya usted á Italia y prosiga allí sus estudios por tres años. El triunfo que indiscutiblemente la espera disipará su dolor, estoy seguro de ello.

»Quizás no volvamos á vernos nunca.

»Suyo de corazón, *Jorge Manders.*

»*Postdata.* -Permítame usted recomendarle que no trate de averiguar la suerte de su padre. Sólo serviría para aumentar su dolor.»

Lucy leyó con angustia aquella carta extraordinaria. No tenía motivos para desconfiar de Jorge, porque ignoraba el secreto de sus planes. Los documentos estaban todos en poder de aquel y ella jamás había oído hablar de la Casa Roja. Ni por un momento dudó que Jorge hubiese averiguado la muerte de su padre; pero lo censuró amargamente por haber preferido ocultar á la hija los detalles de aquella desgracia, por muy terribles que fuesen. Ocurrióse le salir inmediatamente para Liverpool y exigir pormenores á Manders; pero luego pensó que era inútil, puesto que él fijaba su salida para el mismo día en que escribió la carta. Lamentó la pobre niña la pérdida de su padre con profundo dolor y tembló al pensar en su horrible muerte, tan espantosa que Manders no osaba describirla. Si hubiese sabido siquiera el lugar donde manos extrañas habían depositado su cadáver, hubiérale servido de triste consuelo arrojarse sobre aquella tumba y llorar hasta que se agotasen sus lágrimas. En aquellas circunstancias no sabía qué hacer ni á quién dirigirse. Su absoluta soledad en el mundo la asustaba. A excepción de Manders, que la había abandonado en la hora de la desgracia, no tenía un sólo amigo en Inglaterra. Llegada á Londres con su padre algunas semanas antes, no había tenido tiempo de contraer nuevas amistades y las antiguas estaban todas al otro lado del Atlántico. No conocía á ningún pariente. Jamás vió á su abuelo, fallecido poco antes y único miembro de la familia de quien su padre le había hablado. ¿Qué hacer?

Permaneció entregada á su dolor hasta el día siguiente. Leyó una y otra vez la extraña carta, preguntándose qué podía haber inducido á Manders á escribir con tal misterio; por qué prefería dejar el país á verse con ella. Y entonces, contraídas las cejas, severa la expresión del rostro, prometióse buscarle algún día, aunque tuviese que recorrer el mundo entero, y obligar al ingrato á confesarle toda la verdad.

Rogó á la señora Estela que le indicase el nombre de un buen abogado, pero la impresión que la buena viuda tenía de los curiales y de sus tretas no era de las más favorables.

—¿Si sé de algún abogado respetable, mi querida señorita? No, ninguno, y pocas personas podrían indicárselo á usted. Uno conozco, á quien encargué que procediera contra un sujeto queme debía siete libras cuatro chelines; y el tal me llevó seis libras por cobrar aquella suma. Si, á pesar de esa trastada, quiere usted saber su nombre...

—No,—dijo Lucy con forzada sonrisa,—no creo que hombre semejante pueda servirme.

—Pues entonces, ahí está mi hijo mayor, listo muchacho, empleado en la oficina de un subastador. Si puede serle á usted útil en algo..

—No, gracias, dijo la joven, sintiéndose más y más aislada y desvalida. La señora Estela se retiró después de dirigirle algunas frases de consuelo con la mejor intención del mundo; y entonces pensó Lucy en la otra única persona á quien conocía en Londres, el maestro de canto Herr Kaulitz. Le escribió rogándole que fuese á verla y él acudió en seguida.

—Mi querida niña, dijo al entrar, me alegro infinito de volver á verla. Pero ¡santo Dios! continuó al notar su contristado semblante, ¿llora Vd.? Que haya lágrimas en la voz, como ha dicho alguien, pase; mas no en esos bellos ojos.

Refiriéle ella la desaparición de su padre, cómo había recibido noticia de su muerte, y acabó rogándole que le recomendase un buen abogado, digno de confianza.

—Pues conozco uno, muy bueno. Un hombre que se rió de mí cuando quise hacer la tontería de meterme en plei-

tos y no me lo permitió, y tuvo razón mil veces. ¡Oh, sí! es un hombre de bien.

Aquellas palabras fueron un consuelo para la joven. A petición suya Herr Kaulitz, felicitándose de poder pagar una deuda de gratitud, le envió su abogado. Era un hombre de mediana edad, de rostro bondadoso é inteligente, que infundió confianza á Lucy desde el primer momento; no vaciló, pues, en describirle su posición y le enseñó la curiosa carta de Manders. El abogado, señor Trenfil, comprendió desde luego que se trataba de una situación verdaderamente excepcional. Como hombre práctico que era, no creyó ni por un momento en la razón que daba Manders para salir de Inglaterra tan apresuradamente. Tomó interés en el asunto, á lo cual pudo contribuir también la persona y el atractivo de su nueva cliente y se puso en campaña sobre la marcha para aclarar aquel misterio.

—¿Tiene Vd recursos para subvenir á las investigaciones necesarias? le preguntó afablemente y sin asomos de desconfianza.

Lucy tranquilizó sobre el particular.

—Muy bien. Y ahora veamos: ¿qué clase de hombre es el firmante de esta carta?

Ella le dijo cuanto sabía de Manders y en qué relaciones de estrecha amistad había estado con su padre y con ella desde su infancia. Trenfil parecía desorientado, sin hallar teoría alguna que explicase la conducta de Manders.

—¿Se habrá embarcado? dijo. Conviene averiguarlo y hoy mismo enviaré una persona á Liverpool para saber qué buques zarparon el miércoles y si un viajero de sus señas se embarcó en alguno de ellos. Ahora, puesto que Vd. parece estar segura de la muerte de su padre, examinaremos sus papeles para ver si nos dan la clave deseada.

A Lucy le parecía aquello una profanación y sólo consintió al oir las razones del abogado. Forzó éste el escritorio y las gavetas, pues la joven no tenía las llaves.

Poco encontró Trenfil que pudiera servirle de guía, si bien se desvaneció toda duda posible sobre la solvencia de su cliente con el hallazgo de una libreta de Banco que arrojaba un crédito de varios miles de libras á favor de Juan Boucher. Aquel dinero procedía en parte de la realización de sus negocios en Nueva York, efectuada antes de obedecer la orden de su padre de regresar á Inglaterra. La suma esperaba sin duda en el Banco la oportunidad de una buena inversión. Había también allí un bono norte americano de 500 libras esterlinas pagadero al portador y como cien libras más en billetes del Banco de Inglaterra. Halló además el abogado un testamento que instituía á Lucy heredera universal y numerosos documentos comerciales relativos todos á transacciones efectuadas en los Estados Unidos. Por último apareció una carta de unos letrados de Norton, diciendo que de acuerdo con las instrucciones recibidas de Jaime Boucher, todos los efectos de la propiedad de éste habían sido vendidos y su producto acreditado á Juan Boucher en el Banco londonense antes citado. Pero nada absolutamente había que arrojase alguna luz sobre el paradero del padre de Lucy.

—¿Nada dijo sobre el punto á dónde iba? preguntó el señor Trenfil. ¿Ni una palabra siquiera?

—No, se despidió sonriente, diciéndome que iba á negocios. Y las lágrimas nublaron los ojos de la joven al recordar la última vez que vió á su padre.

—¿Nada más, ni acerca de la clase de esos negocios, ni del tiempo que pensaba estar ausente?

Lucy procuraba repetirse sus últimas palabras. Y recordó que al entrar en el coche después de besarla, estando ella en la puerta, se volvió y le dijo:

—Adiós, hijita mía; prepárate para recibir una gran sorpresa á mi regreso. Una gran sorpresa podía significar un vestido nuevo, una sortija, un brazalete, mil cosas; pero el abogado se imaginó que la frase tenía significación más importante.

—Sus únicos asuntos, en cuanto podemos juzgar, debieron estar en Norton, dijo. Haré que indaguen allí. Por ahora nada más puede hacerse.

Anotó datos y se preparó á retirarse. Más alentada Lucy al ver que iban á hacer algo para terminar aquella situación, recobró en parte su presencia de ánimo.

—¿Y este dinero? dijo al señor Trenfil, ¿puedo disponer de él?

—Si me lo pregunta Vd. como abogado, debo decirle que no; pero como amigo le aconsejo que lo ponga Vd. aparte para sus gastos. Aun cuando haya muerto su padre pasará mucho tiempo antes de que pueda Vd. reclamar su herencia, sobre todo si no hallamos á la única persona que puede probar su muerte. Le diré, pues, que gaste el dinero en efectivo primero, que venda después el bono cuando sea necesarto y que viva Vd. con su producto hasta que se normalice la situación. Pero cuidado con olvidar que este amistoso consejo mío no es precisamente lo que la ley dispone.

—¿No querría Vd. hacerse cargo de esos fondos?

—¿Yo? Voy hasta á olvidarme de que los he visto. Además, hace apenas algunas horas era yo una persona totalmente extraña para Vd. ¿Por qué esa confianza en mí?

—Pero entonces ¿á quién dirigirme? dijo ella tristemente. Estoy sola en el mundo ¡Oh, señor Trenfil! puedo confiar en Vd. ¿no es así?

—Querida niña, dijo el abogado, puede Vd. confiar en mí, no sólo como abogado sino, si Vd. lo permite, como amigo.

Lucy le dió las gracias. La había tratado con la mayor bondad y era un gran consuelo tener un amigo á quien dirigirse.

—En cuanto averigüe algo lo sabrá Vd., dijo Trenfil al partir.

Pocos días bastaron para averiguar todo lo que era posible saber. Jorge Manders se había embarcado efectivamente para América; su nombre constaba en las listas de pasajeros. En seguida se le dirigió por el cable un despacho que debía aguardarle á su llegada, pidiéndole que enviase todos los informes posibles sobre Juan Boucher al señor Trenfil, pues éste creía más probable que Manders atendiese la petición diciéndole que se comunicase directamente con él. Pero el despacho quedó sin respuesta. Lucy insistió en que no se economizasen gastos para seguir las huellas del americano, y así se supo que había vendido los bienes que allí le quedaban (su madre, viuda ya, murió antes de que él saliese para Inglaterra); después desapareció Manders, sin que nadie supiese en qué dirección.

Los informes obtenidos por el agente que fué á Norton resultaron más concretos. Supo que Juan Boucher había estado allí, que había retirado del Banco un paquete que se suponía contener valores y que había salido de Norton con el paquete en su poder. Un policía secreto pretendió seguir su pista hasta Londres y allí terminaban los informes. Era evidente que lo habían asesinado para despojarlo de los valores que llevaba consigo. Asesinato y ocultación del cadáver, era la opinión general, aun de los que tenían motivos para hallarse mejor informados. Teoría lógica, según todas las apariencias. Un paquete sellado, al que se suponía de gran valor, reclamado por su dueño; después, desaparición de éste. La conclusión parecía perfectamente sostenible. Los agentes empleados por el señor Trenfil buscaron un indicio por todas partes, pero en vano. A ninguno de ellos, ni á nadie, podía ocurrírsele que el dueño de aquellos importantes valores fuese el malhechor muerto á tiros un mes antes por un miembro del Parlamento. Si alguien hubiera sospechado el verdadero contenido del paquete dejado por el finado Jaime Boucher á su banquero, fácil hubiera sido dirigir las investigaciones por el buen camino. Pero hacía trece años que Jaime había

presentado su última demanda sobre la Casa Roja, de suerte que el asunto iba desapareciendo ya de la memoria del público.

Tan cierto parecía que su padre había sido robado y asesinado, que Lucy convino con el señor Trenfil en la inutilidad de ulteriores pesquisas. Admiróse, sí, de que Jorge Manders hubiese averiguado lo que no habían podido descubrir los agentes de la policía secreta; y á veces se preguntaba si el verdadero motivo que él tuvo para ocultarle la verdad no habría sido sencillamente el deseo de ahorrarle nuevos sufrimientos, guiado por un mal entendido cariño.

En aquellos días de aflicción el señor Trenfil presentó á la joven á su esposa, que sintió viva simpatía por Lucy y no tardaron en ser amigas. El resultado fué que Lucy dejó la casa de huéspedes y fué á vivir á la deliciosa residencia de los señores de Trenfil, en Tuquenán, lugar de los alrededores de Londres, hasta que se arreglasen sus asuntos.

La joven se resignó por fin á considerar como un misterio la muerte de su padre, mientras durase la ausencia de Manders; y se convenció también de que su muerte se debía á un robo vulgar y asesinato, por más que faltasen los detalles. Entonces su juventud y sus deseos de gloria artística predominaron. Herr Kaulitz, amigo á la vez que maestro, disparataba en inglés y alemán sobre los grandes triunfos que el porvenir ofrecía á su discípula; y aunque haciendo un verdadero sacrificio por su parte, aplaudió calurosamente la resolución de aquélla de ir á estudiar el canto á Milán durante tres años, bajo la dirección del maestro Lamperti.

—¡Y entonces, decía Herr Kaulitz cogiéndose á puñados sus largos cabellos, entonces verán ustedes cómo esta adorable joven se conquistará los aplausos y la admiración del mundo entero!

A los tres meses de su primera entrevista con el señor

Trenfil salió Lucy Boucher de Inglaterra, con la esperanza renaciente en el corazón á medida que amenguaba su pena. Tenía justa confianza en los resultados de tres años de metódicos y bien dirigidos estudios para perfeccionar aquella gran voz suya. Por su parte, el señor Trenfil atendió á todo lo que podía conducir á la mayor comodidad y seguridad de su protegida en Milán, durante los tres años que iba á residir en aquella ciudad.

CAPÍTULO VI

Primer ataque.—Derrota

Estamos en primavera, á mediados de un mes de Abril delicioso. La Cámara de los Comunes estaba en sesión, pero el señor Bourchier no había ido á Londres desde Pascua. Por el momento no se discutían cuestiones candentes de partido; además, hacía algún tiempo que su salud estaba alterada y prefirió seguir el consejo de su médico: permanecer en la Casa Roja toda el tiempo posible.

No tenía enfermedad determinada, y sólo ante las repetidas instancias de su esposa consintió en consultar al médico. Se quejaba de no poder dormir tan bien como antes, teniendo que acudir algunas veces al empleo de narcóticos; se sentía nervioso, en una palabra, no tan bien como solía. Lo atribuía á la agitación y al trastorno que le habían producido los sucesos que conocemos; sin contar las molestias del proceso, pues cuando un hombre mata á otro en Inglaterra tiene que probar por qué lo hizo, á la completa satisfacción de quien puede y debe saberlo.

En la información judicial sobre el desconocido (porque nunca fué identificado, ni se le halló encima cosa alguna que indicase quién era ni de dónde venía) el jurado de instrucción, siguiendo las indicaciones del juez, dió un veredicto acusando de homicidio á Felipe Bourchier. Tra-